

## Freud: el psicoanalista

*Alicia Leisse de Lustgarten*<sup>1</sup>

Comentar esta película me lleva, en esta oportunidad, por nuevos derroteros, en tanto lo que pretendo es aproximarme al Freud que nos propone el escenario fílmico, circunscrito a una época, contrapunteando la gesta de ideas innovadoras con algunas vicisitudes de su manejo en el campo directo de la clínica. Me propongo arrimar una mirada a esa figura carismática y trascendente con la que tengo una cercanía identificatoria, pero de la que me separa la distancia inevitable en el salto generacional que propone el discurso cultural que, con palabras de Lacan: “no cesa de reescribirse”.

La antesala que nos ofrece John Huston, su director, comienza con cierto tono de suspenso, un inconsciente rodeado de oscuridad, recluso en los confines del infierno. Prejuicios aún vigentes asoman en afirmaciones de que eso inconsciente es un invento, un empeño por buscar donde no hay, de pretender complicar las cosas, ligerizando el mundo psíquico. O como si se tratara de algo localizable en alguna parte del cuerpo, generando la distancia con eso vasto y desconocido que habita en nosotros. La escena fílmica nos muestra a un Freud trasponiendo, no sin horror, el umbral del cementerio. Se trata del temor a penetrar en escenarios propios desconocidos que refieren a fantasías, deseos y pulsiones que hoy consideramos con diferente apertura. Han pasado 100 años. El discurso cultural y los criterios de moralidad han cambiado; pero lo que si perdura es la reticencia a dar salida a eso que habita en nosotros, que nos cuesta reconocer como propio, narcisismo de por medio. Las palabras que inician la película siguen vigentes: “Antes de Sigmund Freud, el hombre creía que lo que decía y lo que hacía

---

<sup>1</sup> Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

eran el producto de su voluntad consciente. El gran psicólogo demostró la existencia de otra parte de nuestra mente que funciona en la clandestinidad y que puede gobernar nuestras vidas”. La línea de descubrimiento freudiana enuncia, de manera inédita, una teoría de la neurosis articulada en síntomas enlazados a recuerdos que han sido apartados de la conciencia que no ceden con tratamientos físicos, neurológicos o de otro tenor.

Muy sucintamente, más que datos biográficos, quiero dar una semblanza de nuestro protagonista Freud. Nació en 1856, en Freiberg, en la antigua Moravia bajo el dominio del Imperio austro húngaro. Su padre fue un comerciante en lanas que contaba con cuarenta y un años y dos hijos habidos en un matrimonio anterior; el mayor de ellos tenía aproximadamente la misma edad que la madre de Freud –veinte años más joven que su esposo– y era, a su vez, padre de un niño de un año. En su edad madura, Freud hubo de comentar que la impresión que le causó esta situación familiar un tanto enredada tuvo como consecuencia la de despertar su curiosidad y aguzar su inteligencia.”<sup>2</sup> Montgomery Clift nos presenta a un Freud de ojos oscuros, mirada directa viril mientras que Stefan Zweig (1942) lo describe: “No se podía imaginar un ser de espíritu más intrépido. Instante tras instante se atrevía a expresar lo que pensaba, aun cuando sabía que inquietaba y perturbaba con sus declaraciones claras e inexorables. Cuando se trataba de la enseñanza de la verdad, no abandonaba la intransigencia, cuanto más firme era la resistencia, más se afirmaba el en su resolución”.

Médico y neurólogo, trabajaba en el laboratorio que encabezaba Meynert (1833-1892) del que fue su alumno. Tuvo diferencias importantes con él porque no creía en el modelo neuroanatómico que proponía. Cuando empezó a presentar sus trabajos en la Sociedad Médica de Viena, esta rechazó los postulados a favor de la hipnosis y defendió la delantera vienesa sobre las propuestas que Freud traía de su estadía en París. Antes del descubrimiento del psicoanálisis y de la formulación de este como una ciencia nueva, Freud contaba ya con una amplia experiencia en el ámbito de la investigación científica. Con anterioridad a sus indagaciones psicoanalíticas, había hecho aportes de considerable importancia en el campo de la biología, la fisiología y la neurología, con las que había ganado incluso cierto prestigio en el mundo académico de su tiempo, por su originalidad y precisión científicas.

Siempre estuvo muy cerca de su familia, dando anécdotas de sus 6 hijos y destacando siempre sus particularidades divertidas. Aficionado al tarot, al juego de naipes danés y a la búsqueda de hongos en sus largos paseos,

<sup>2</sup> Biografías y vidas.

acompañó su quehacer incansable con un estilo de vida como cualquier otro. Su ánimo podía derivar en que se deprimía o tenía síntomas psicosomáticos y nunca pudo dejar de fumar sobre todo cuando escribía sus trabajos.

### Recorrido teórico clínico 1895-1900

La clínica psicoanalítica nació del aprendizaje de Freud con las pacientes histéricas. Joseph Breuer (1842-1925) especialista en clínica general, de mucho prestigio, miembro de la Academia de Ciencias, ejerció una influencia importante en él tanto en respaldarlo en sus dudas y las deliberaciones internas, como apoyándolo económicamente. Le mostró los beneficios de la catarsis, que aquel adoptaría como método de tratamiento para sustituir a la hipnosis. El resultado de ello se plasma en el tratamiento famoso de Anna O, joven vienesa de 21 años, con padecimientos histéricos que le puso el nombre de *talking cure* a un tratamiento que se realizaba con palabras, y empleó la expresión *chimney sweeping* para designar una forma de rememoración mediante la “limpieza de chimenea”.

Cecile M, personaje regiamente actuada por Susanah York, fue uno de los primeros casos de Freud y al que más tiempo dedicó. Sartre (1905-1980), guionista en una primera etapa, contribuyó al excelente encuadre fílmico de crear una suerte de paciente “mixta” que pudo plasmar diversos aspectos de otras pacientes, Anna O, Elizabeth Von R, Dora..., para destacar las vicisitudes de los fenómenos histéricos. Llegaría, más adelante a mostrar un concepto central en la teoría psicoanalítica: la transferencia. La teoría de la seducción, una de sus afirmaciones iniciales, apuntaba a un trauma real como desencadenante de la neurosis fue puesta a un lado, comenzando a elaborar la trascendencia de la fantasía en la vida psíquica.

Hablando un poco, de Cecile, en la realidad, Anna Von Lieben (1847-1900) era rica, aficionada a lectura, perteneciente a un poderoso clan de familias judías austriacas que Freud llegó a conocer bien. Sus síntomas los vemos en escena: espasmos, neuralgias, ceguera. La mandó a ver a Charcot (1825-1893) y a Bernheim (1840-1919); la llevo él mismo cuando se interesó por el estudio de la hipnosis. Por cierto, su empeño en escuchar a Charcot refería a la perspectiva de considerar la participación psíquica de los síntomas histéricos y la posibilidad de curación fuera de la concepción de simulación o padecimientos neurológicos. Cecile le enseñó mucho, como suele ocurrir en nuestro trabajo con pacientes, acerca del significado de sus síntomas y la técnica terapéutica. Años más tarde habría de recordar aquellas

tempranas aventuras con acentuado desdén. Estas pacientes, sin embargo, le mostraron a Freud los rudimentos del psicoanálisis. En la búsqueda de experiencias traumáticas tempranas que seguían vigentes, ellas le revelaron conflictos sexuales desconocidos para ellas. La escucha pasó a ser un método que hasta el día de hoy rige.

Nótese, que no se trataba de ensayos sin fundamento; desde siempre convirtió sus errores en fuente de comprensión. Para todo investigaba y se entrenaba antes de la puesta en práctica, lo que siempre le valió el carácter científico de su práctica aun fuera de las convencionales aulas universitarias y hospitalarias, a las primeras de las cuales no tenía demasiada entrada y cuando la consiguió, años más tarde venciendo el antisemitismo y el anti freudismo, ya no quiso; prefirió dejar la enseñanza dentro de espacios propios que dieran cabida a lo que entendería como el método psicoanalítico. Hoy por hoy, distintas sociedades psicoanalíticas recorren un camino al revés y buscan certificar la acreditación del entrenamiento en los predios del *Alma Mater*.

La construcción de la teoría psicoanalítica se movía desde la clínica de los pacientes a la dilucidación teórica de lo que ella comportaba. Fue siempre el método para la edificación progresiva del complejo y extenso ensamblaje que hace al psicoanálisis. Permitir hablar a las pacientes junto con las limitaciones de la hipnosis fue abriendo camino a la asociación libre: ocurrencias espontáneas, sin consideraciones juiciosas. La resistencia, la elaboración, la atención flotante, la interpretación, la transferencia ya formaban los comienzos de la técnica psicoanalítica, referentes que hoy, 100 años después, son actuales aun comportando variantes en la manera de implementarlas.

Freud estudiaba y publicaba algunos de sus casos. Se planteaba una difícil cuestión. Proporcionar terapia y generar teoría. Ello levantó la polémica de los derechos del paciente a la confidencialidad en conflicto con la exigencia de disertación pública característica de la ciencia.

## Freud apasionado

La pasión y el ardor que Freud sostuvo a lo largo de su vida y que le valió seguidores y disidentes no hizo mella en su labor de indagación. Celoso de su obra, sin admitir discusiones sobre esa otra psicología a la que llamó metapsicología: se refería a ese escenario fuera de la conciencia que ni lo subordinaba ni le pertenecía; era otro escenario. La fuerza y el tenor

de su descubrimiento en lo que hoy conocemos como las formaciones del inconsciente ilustradas en la película: el síntoma, los actos fallidos, los sueños fueron tenazmente estudiados, preservando la soledad de su creación al servicio del cuidado por sus descubrimientos y no tolerando las desviaciones. Quizá pudiéramos arriesgar una inevitable exacerbación del narcisismo; yo diría, en su descargo, en la apuesta por sus descubrimientos, asumiendo también un saber que no admitía discusión, además del investimento sin fronteras que le puso a la consecución de su obra. ¿Son inseparables del acto creativo y la genialidad? ¿Supone sublimación? ¿O por allí se cuela la propia condición neurótica que le develó su autoanálisis? Dicho sea, el narcisismo siempre cundió en el movimiento psicoanalítico, primero enfrentando a sus discípulos y luego, con el correr de los años entre ellos, lo que ha derivado en distintas escuelas psicoanalíticas, que no solo batallan por la validez de las propias teorizaciones. La pasión de Freud por el conocimiento psicoanalítico lo acompañó siempre. Así se lo escribió a Fliess, médico interlocutor, durante 13 años receptor y comentarista de sus ideas: “Un hombre como yo no puede vivir sin una manía, una pasión dominante, sin un tirano y él ha llegado a mi vida. Y a su servicio ya no conozco moderación alguna. Es el psicoanálisis”.

Proponía sus hipótesis ante una sociedad médica vienesa escéptica donde reinaba la atmósfera victoriana. Los rumores de que interrogaba sobre detalles de la sexualidad a sus pacientes tuvo como consecuencia que no le refirieran más en tiempos por demás llenos de penurias.

Uno de los primeros pacientes de Freud fue él mismo. Inició su autoanálisis a mediados de 1890 y lo hizo sistemáticamente desde 1897. A partir de sus propios descubrimientos fue confrontándolas con las experiencias de sus pacientes; luego con los textos, revisando y refinando sus generalizaciones. Si bien resultó en una vía para que alguien se reconozca, ser analizado por otra persona es una senda hacia un conocimiento superior. La situación psicoanalítica supone un diálogo aunque sea unilateral. Si bien el analista puede ser silencioso, ofrece intervenciones que el analizando no podría alcanzar por sus propios medios. Algo que no ofrece el autoanálisis; en estado de atención flotante, el analista se ofrece como una suerte de pantalla en la cual, el analizando “coloca” sus propios escenarios inconscientes. Es la transferencia de la que tanto depende la acción curativa.

Los sueños fueron también una vía “regia” que lo llevó al descubrimiento de determinados deseos hacia la cercana figura de los padres que creó, tanto en él como en otros, un horror inicial de atribuir al niño una sexualidad. La trascendencia del descubrimiento del análisis de los sueños es para la

psicología el equivalente de la provocada en la física por la teoría cuántica de Plank. Sin embargo, aun a sabiendas de lo valioso de sus hallazgos le escribiría a Fliess desde su lugar de vacaciones en los bosques de Viena: “Crees que en esta casa colocarán alguna vez una placa de mármol con la leyenda: ...Aquí se le reveló al Dr. Sigmund Freud el secreto de los sueños. Hasta ahora las perspectivas son escasas”. El abandono de aquel Hern Von Schlosser pareció derivarse de poder mirar de cerca los deseos reprimidos de matar al padre, escena propia que pudo develar a través del análisis de sus sueños con el consecuente descubrimiento del complejo de Edipo y su vínculo con la represión.

Ya a principios de siglo su aislamiento disminuyó; había recibido el cargo de profesor titular extraordinario y empezó a reunirse regularmente con otros colegas los miércoles en la noche para discutir sus trabajos. En 1908 ya el grupo tenía veintidós miembros y frecuentes huéspedes extranjeros. El autoanálisis calmó las crisis interiores y la disciplina sostenida, enfiló a un Freud progresivamente penetrador en países no solo de Europa sino también de los Estados Unidos. Publicó 24 libros, 123 artículos sin contar prefacios, intervenciones diversas en congresos, notas, además de 11 mil cartas, muchas de ellas extraviadas. Aproximadamente cinco mil están depositadas en los archivos de Freud, en el Library Congress en Washington.

Seguiría un período de intensa producción, acompasado de la presencia de la Primera Guerra, los duelos por las pérdidas cercanas y su larga enfermedad que no le impidió seguir escribiendo hasta su muerte cuando contaba 83 años. Era el año 1939.

Sirvan estos comentarios para rendir homenaje al gran pensador que me mostró un camino para pensarme y para pensar a los otros.